



Juan Carlos Garavaglia

En recuerdo de aquellos días

Daniel Villar¹

Te oigo, te recuerdo en esta tierra tuya,
luchando con tu voz...
Oigo tus pasos hechos a cruzar la noche,
que vuelven a sonar...

Miguel Hernández

Hace muchos años, a la Universidad Nacional del Sur en Bahía Blanca llegó Juan Carlos Garavaglia para asumir la dirección del Instituto de Humanidades, que pasó a llamarse *Instituto de Estudios para el Tercer Mundo Eva Perón*.

La radical mudanza de objetivos cifrada en esas menciones *malditas*, aunque frustrada poco después por la acelerada evolución de los sucesos, despertó en algunos, sin embargo, una inmediata simpatía por su principal gestor.

Era este un hombre joven, delgado, de grandes bigotes, mirada vivaz, palabra ágil y propensa a la ironía. Una fotografía rescatada de aquella época devuelve esa imagen sonriente: polvorientas botas de descarné, pantalones de corderoy, gamutón encima del saco azul.

Trabamos con él un vínculo que se transformó en amistad. Lejos de su familia, reclamado por una militancia que lo absorbió crecientemente en pocos meses, encontró en nuestras casas un lugar donde *olvidar* por un rato esas tensiones. El trato se hizo casi cotidiano. Se dejaba caer a última hora de la tarde, tomábamos café y comíamos luego. Era un buen conversador, de manera que había pocos silencios y muchas risas. Siempre se retiraba temprano,

¹ Universidad Nacional del Sur. Argentina. Correo electrónico: dvillar@criba.edu.ar



exigido por los madrugones.

Ya entonces se advertía que era buen historiador y que lo sería más aún. Había comprendido que nuestro viejo oficio recobra con las palabras bien dichas una parte de su atávica razón de ser y, en equilibrio sobre el delgado cuerpo presente de la mariposa del tiempo, sabía cómo hablar del pasado, una de las grandes alas desplegadas, y simultáneamente del futuro, la otra.

Después ocurrió lo que ocurrió y entre las cosas inestimables que perdimos estuvo esa convivencia, pero no el afecto, la amistad. Durante años, que nos parecieron interminables, cada quien vivió su exilio.

Un día –ya en 1985– reapareció fugazmente en nuestra casa una mañana. Aunque estaban presentes, ninguno de mis tres hijos lo recuerda hoy, salvo por nuestros relatos. Quizá hubiera podido ser uno de esos *tíos* que la vida suele dispensar.

La universidad local se rehusó a reincorporarlo. Ni modo: todavía resonaban los ecos de aquel estrépito y los miedos grandes son volvedores. Grande también fue –y es– la vergüenza que sus amigos sentimos por esa despreciable y amañada decisión.

Regresó a Bahía Blanca por última vez en septiembre de 2001 para dar un curso de posgrado. Estuvo aquí cinco o seis días, volvió a caminar las calles, visitó ciertos lugares y personas, nos pidió que lo lleváramos a ver el mar.

En uno de sus libros nos escribió una dedicatoria: *En recuerdo de aquellos días*. Los derrotados de entonces prometimos no olvidar los años fragorosos y sus lecciones. Entonces, lo que hacemos (lo que hago aquí) es cumplir esa promesa. Aferrados a la clepsidra, gritamos no con raro empecinamiento y con la certeza de que esta funesta penuria también terminará y sabremos andar por caminos nuevos.

Gara: cuando parte un amigo, los que quedan, sin saber por qué, sienten que restaron cosas por decir, aunque no sepan cuáles. Pero tal vez exista, después de todo, el país de las grandes cacerías, la tierra sin mal, y allí volvamos a encontrarnos.